



DON BOSCO, el santo que creyó en los jóvenes. **¡ CONÓCELO !**

EL SISTEMA PREVENTIVO EN LA EDUCACION DE LA JUVENTUD

Muchas veces se me ha pedido exponga, de palabra o por escrito, algunos pensamientos sobre el llamado sistema preventivo, practicado en nuestras casas. Por falta de tiempo no he podido hasta ahora satisfacer tales deseos; mas disponiéndome en la actualidad a imprimir el Reglamento usado ordinariamente hasta el presente casi por tradición, estimo oportuno dar aquí una idea que será como el índice de una obrita que estoy preparando y que publicaré, si Dios me da vida y salud para terminarla. Hago esto movido únicamente por el deseo de aportar mi granito de arena al difícil arte de educar a la juventud. Diré, pues, en qué consiste el sistema preventivo y por qué debe preferirse; sus aplicaciones prácticas y sus ventajas.

1. EN QUÉ CONSISTE EL SISTEMA PREVENTIVO Y POR QUÉ DEBE PREFERIRSE

Dos sistemas se han usado en todos los tiempos para educar a la juventud: el preventivo y el represivo. El represivo consiste en dar a conocer las leyes a los súbditos, y vigilar después para conocer a los transgresores y aplicarles, cuando sea necesario, el correspondiente castigo. Basándose en este sistema, la palabra y la mirada del superior deben ser en todo momento, más que severas, amenazadoras. El mismo superior debe evitar toda familiaridad con los subordinados. El director, para aumentar su auto termina, ordinariamente, por ganarle de tal manera el corazón, que él mismo comprende la necesidad del castigo y casi lo desea. 2) La razón más fundamental es la ligereza infantil, por la cual fácilmente se olvidan los niños de las reglas disciplinarias y de los castigos con que van sancionadas. A esta ligereza se debe sea, a menudo, culpable el jovencito de una falta y merecedor de un castigo al que no había nunca prestado atención y del que no se acordaba en el momento de cometer la falta; y ciertamente no la habría cometido si una voz amiga se lo hubiese advertido. 3) El sistema represivo puede impedir un desorden, mas con dificultad hacer mejores a los que delinquen. Se ha observado que los alumnos no se olvidan de los castigos que se les han dado; y que, por lo general, conservan rencor, acompañado del deseo de sacudir el yugo de la autoridad y aun de tomar venganza. Parece a veces que hacen caso omiso; mas quien sigue sus pasos sabe muy cuán terribles son las reminiscencias de la juventud. y cómo olvidan fácilmente los castigos que les han dado los padres, mas, con mucha dificultad, los que les imponen los maestros. Algunos ha habido que después se vengaron brutalmente de castigos que les dieron cuando se educaban. El sistema preventivo, por el contrario, gana al alumno, el cual ve en el asistente a un

bienhechor que le avisa, desea hacerle bueno y librarle de sinsabores, de castigos y de la deshonra. 4) El sistema preventivo dispone y persuade de tal modo al alumno, que el educador podrá, en cualquier ocasión, ya sea cuando se educa, ya después, hablarle con el lenguaje del amor. Conquistado el corazón del discípulo, el educador puede ejercer sobre él gran influencia y, avisarle, aconsejarle y corregirle, un después de colocado en empleos, en cargos o en ocupaciones comerciales. Por estas y otras muchas razones, parece debe prevalecer el sistema preventivo sobre el represivo.

2. APLICACIONES DEL SISTEMA PREVENTIVO

La práctica de este sistema está apoyada en las palabras de San Pablo: La caridad es benigna y paciente... todo lo sufre, todo lo espera y lo soporta todo (1 Cor 13,4.7). Por consiguiente, solamente el cristiano puede practicar con éxito el sistema preventivo. Razón y religión son los medios de que ha de valerse continuamente el educador, enseñándolos y practicándolos si le sea ser obedecido y alcanzar su fin. 1) El director debe, en consecuencia, vivir consagrado a sus educandos y no aceptar nunca ocupaciones que le alejen de su cargo; aún más: ha de encontrarse siempre con sus alumnos de no impedírsele graves ocupaciones, a no ser que estén por otros debidamente asistidos. 2) Los maestros, los jefes de taller y los asistentes han de ser de acrisolada moralidad. Procuren evitar, como la peste, toda clase de aficiones o amistades particulares con los alumnos, y recuerden que el desliz de uno solo puede comprometer a un instituto educativo. Los alumnos no han de estar nunca solos. Siempre que sea posible, los asistentes han de llegar antes que los alumnos a los sitios donde tengan que reunirse, y estar con ellos hasta que vayan otros a sustituirlos en la asistencia; no los dejen nunca desocupados. 3) Debe darse a los alumnos amplia libertad de saltar, correr y gritar a su gusto. La gimnasia, la música, la declamación, el teatro, los paseos, son medios eficacísimos para conseguir la disciplina y favorecer la moralidad y la salud. Procuren únicamente que la materia de los entretenimientos, las personas que intervienen y las conversaciones que sostengan, no sean vituperables. Haced lo que queráis, decía el gran amigo de la juventud San Felipe Neri; a mi me basta con que no cometáis pecados. 4) La confesión y comunión frecuente y la misa diaria son las columnas que deben sostener el edificio educativo del cual se quieren tener alejados la amenaza y el palo. No se ha de obligar jamás a los alumnos a frecuentar los santos sacramentos: pero sí se les debe animar y darles comodidad para aprovecharse de ellos. Con ocasión de los ejercicios espirituales, triduos, novenas, pláticas y catequesis, póngase de manifiesto la belleza, sublimidad y santidad de una religión que ofrece medios tan fáciles, como son los santos sacramentos, y a la vez tan útiles para la sociedad civil, para la tranquilidad del corazón y para la salvación de las almas. Así quedarán los niños espontáneamente prendados de estas prácticas de piedad y las frecuentarán de buena gana y con placer y fruto'. 5) Debe vigilarse con el mayor cuidado porque no entren en una casa de educación compañeros, libros o personas que tengan malas palabras. Un buen portero es un tesoro para una casa de educación. 6) Terminadas las oraciones de la noche, el director, o quien haga sus veces, diga siempre algunas palabras afectuosas en público a los alumnos antes de que vayan a dormir, para avisarles o aconsejarles sobre lo que han de hacer o evitar. Sáquense avisos o consejos de lo ocurrido durante el día, dentro o fuera del colegio; y

no dure la platicuita más de dos o tres minutos. En ella está la clave de la moralidad y de la buena marcha y éxito de la educación. (En este párrafo quedan descritas las clásicas “buenas noches” salesianas) 7) Téngase como pestilencial la opinión de retardar la primera comunión hasta una edad harto crecida, cuando, por lo general, el demonio se ha posesionado del corazón del jovencito con incalculable daño de su inocencia. Según la disciplina de la Iglesia primitiva, solían darse a los niños las hostias consagradas que sobraban de la comunión pascual. Esto nos hace conocer lo mucho que desea la Iglesia sean admitidos pronto los niños a la primera comunión. Cuando un niño sabe distinguir entre Pan y pan y revela suficiente instrucción, no se mire lo edad: entre el Soberano celestial a reinar en su bendita alma. 8) Los catecismos recomiendan la comunión frecuente. San Felipe Neri la aconsejaba semanal, y aún más a menudo. El concilio Tridentino dice bien claro que desea ardientemente que todo fiel cristiano, cuando oye la santa misa, reciba también la comunión. Pero esta comunión no sea tan sólo espiritual sino sacramental a ser posible, a fin de sacar mayor fruto del augusto y divino sacrificio (sesión XXII, capítulo VI).

3. UTILIDAD DEL SISTEMA PREVENTIVO

Tal vez diga alguno que es difícil este sistema en la práctica; a lo que respondo que para los alumnos es bastante más fácil, agradable y ventajoso. Para los educadores encierra eso sí, algunas dificultades, que disminuirán ciertamente si sé entregan por entero a su misión. El educador es una persona consagrada al bien de sus discípulos, por lo que debe estar pronto a soportar cualquier contratiempo o fatiga con tal de conseguir el fin que se propone; a saber: la educación moral, intelectual y ciudadana de sus alumnos. A las ventajas del sistema preventivo arriba expuestas se añaden aquí estas otras: 1) El alumno tendrá siempre gran respeto a su educador, recordará complacido la dirección de él recibida y considerará en todo tiempo a sus maestros y superiores como padres y hermanos suyos. Dondequiera que van alumnos así educados, son, por lo general, consuelo de las familias, útiles ciudadanos y buenos cristianos. 2) Cualquiera que sea el carácter, la índole y el estado moral de un jovencito al entrar en el colegio, los padres pueden vivir seguros de que su hijo no empeorará de conducta, antes mejorará. Muchos jovencitos que fueron por largo tiempo tormento de sus padres y hasta expulsados de correccionales, tratados según estos principios, cambiaron de manera de ser: se dieron a una vida cristiana, ocupan ahora en la sociedad honrosos puestos y son apoyo de la familia y ornamento del lugar donde viven. 3) Los alumnos maleados que, por casualidad entraren en un colegio, no pueden dañar a sus compañeros, ni los niños buenos ser por ellos perjudicados; porque no habrá ni tiempo, ni ocasión, ni lugar a propósito, pues el asistente a quien suponemos siempre con los niños, pondría en seguida remedio.

UNA PALABRA SOBRE LOS CASTIGOS.

¿Qué regla hay que seguir para castigar? A ser posible, no se castigue nunca; cuando la necesidad lo exigiere, recuérdese lo siguiente: 1) Procure el educador hacerse amar de los alumnos si quiere hacerse temer. Así, el no darles una muestra de benevolencia es castigo que emula, anima y jamás deprime. 2) Para los niños es castigo lo que se hace pasar por tal. Se ha observado que una mirada no cariñosa en algunos produce

mayor efecto que un bofetón La alabanza, cuando se obra bien, y la reprensión, en los descuidos, constituyen, ya de por sí, un gran premio o castigo. 3) Exceptuados rarísimos casos, no se corrija ni se castigue jamás en público, sino en privado, lejos de sus compañeros y usando la mayor prudencia y la mayor paciencia para hacer comprender, valiéndose de la razón y de la religión, la falta al culpable. 4) El pegar, de cualquier modo que sea, poner de rodillas en posición dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes se dejen absolutamente evitar, porque están prohibidos por las leyes civiles, irritan mucho a los alumnos y rebajan al educador. 5) Dé a conocer bien el director las reglas y premios y castigos establecidos por las normas disciplinarias, a fin de que el alumno no pueda disculparse diciendo: "No sabía que estuviera esto mandado o prohibido" Si se practica en nuestras casas el sistema preventivo, estoy seguro de que se obtendrán maravillosos resultados sin necesidad de acudir al palo ni a otros castigos violentos. Hace cerca de cuarenta años que trato con la juventud, y no recuerdo haber impuesto castigos de ninguna clase, y, con la ayuda de Dios, he conseguido no sólo el que los alumnos cumplieran con su deber, sino que hicieran sencillamente lo que yo deseaba; y esto de aquellos mismos que no daban apenas esperanzas de feliz éxito.

JUAN BOSCO, Pbro.

CARTA DE DON BOSCO DEL 10 DE MAYO DE 1884

Versión dirigida los jóvenes del Oratorio de Turín-Valdocco Roma, 10 de mayo 1884

Mis queridísimos hijos en Jesucristo:

Cerca o lejos, siempre pienso en ustedes. Mi deseo es sólo uno: verlos felices en el tiempo y en la eternidad. Este pensamiento, este deseo me decidieron a escribirles esta carta. Siento, queridos míos, el peso de mi lejanía de ustedes y no verlos ni oírlos me causa una pena que no pueden imaginar. Por eso, habría deseado escribirles estas líneas hace una semana; pero me lo impidieron las continuas ocupaciones. No obstante, y a pesar de que faltan pocos días para mi regreso, quiero anticipar mi llegada entre ustedes al menos por carta, ya que no puedo hacerla personalmente. Son las palabras de quien los ama tiernamente en Jesucristo y tiene el deber de hablarles con la libertad de un padre. Me lo permiten, ¿verdad? Présteme atención y pongan en práctica lo que voy a decirles.

He afirmado que son el único y continuo pensamiento de mi mente. Pues bien, en una de las noches pasadas me había retirado a mi cuarto y, mientras me disponía a ir a descansar, había comenzado a recitar las oraciones que me enseñó mi buena madre. En ese momento, no sé bien si dominado por el sueño o llevado fuera de mí por una distracción, me pareció que se me presentaban delante dos antiguos jóvenes del Oratorio. Uno de estos dos se me acercó y, saludándome afectuosamente, me dijo:
-Don Bosco, ¿me conoce?

-Claro que te conozco -respondí.

-¿Todavía se acuerda de mí?

-De ti y de todos los demás. Eres Valfré, y estabas en el Oratorio antes de 1870.

-Oiga -continuó Valfré-. ¿Quiere ver a los jóvenes que estábamos en aquellos tiempos en el Oratorio?

-Sí, muéstramelos -le respondí-. Esto me proporcionará mucho placer.

Y Valfré me mostró a todos los jóvenes con los mismos rostros y con la estatura y la edad de aquel tiempo. Me parecía estar en el antiguo Oratorio a la hora del recreo. Era una escena toda vida, todo movimiento, toda alegría. Algunos corrían, otros saltaban, y había quienes hacían saltar. Aquí se jugaba a la rana, allí a los zancos y a la pelota. En un sitio estaba reunido un grupo de jóvenes, que atendía las charlas de un sacerdote, el cual contaba una historieta. En otro lugar, un clérigo que, en medio de otros jovencitos, jugaba a *El burro vuela* y a los oficios. Se cantaba, se reía por todas partes; y en todos los sitios, clérigos y sacerdotes y, en torno a ellos, jóvenes que alborotaban alegremente. Se veía que entre jóvenes y educadores reinaba la mayor cordialidad. Yo estaba encantado con este espectáculo y Valfré me dijo:

-Mire, la familiaridad lleva al amor y el amor produce confianza en la confesión y fuera de la confesión.

En ese instante se me acercó el otro amigo antiguo alumno, que tenía la barba toda blanca, y me dijo:

-Don Bosco, ¿quiere ahora conocer y ver a los jóvenes que están actualmente en el Oratorio?

-Sí -le respondí-, pues hace ya un mes que no los veo.

Y me los enseñó. Vi el Oratorio y a todos ustedes que estaban en el recreo. Pero ya no oía gritos y canciones, ya no veía aquel movimiento, aquella vida como en la primera escena. En los ademanes y en el rostro de muchos de ustedes se leía una tristeza, un aburrimiento, un disgusto, una desconfianza, que apenaba mi corazón. Es verdad que vi a muchos que corrían, jugaban, se movían con verdadera despreocupación, pero veía a otros muchos que estaban solos, apoyados en las columnas, dominados por pensamientos desalentadores; otros en las escaleras y en los corredores para no tomar parte en el recreo; otros paseaban lentamente en grupos, hablando en voz baja entre ellos, lanzando a su alrededor miradas sospechosas y malignas. Incluso entre los que jugaban había algunos tan indiferentes que dejaban ver claramente que no se encontraban a gusto en las diversiones. Pocos clérigos y sacerdotes se veían entre los jóvenes. Varios jóvenes buscaban expresamente alejarse de los maestros y de los educadores. Los educadores no eran ya el alma de los recreos. Entonces pregunté a mi amigo de la barba blanca:

-¿Te parecen mejores los jóvenes de ahora o los de otro tiempo?

-El número de jóvenes buenos es también en el presente muy grande en el Oratorio - me respondió.

-Pues, ¿por qué hay tanta diferencia entre los jóvenes de otro tiempo y los jóvenes de ahora?

-La causa de tanta diferencia es que cierto número de jóvenes no tienen confianza con los educadores. Antiguamente todos los corazones estaban abiertos a los educadores, a quienes los jóvenes amaban y obedecían sin problema. ¿Se acuerda de aquellos hermosos años en que usted, don Bosco, podía entretenerse continuamente con nosotros? Era una fiesta muy alegre, y nosotros no teníamos secretos con usted. Pero ahora los educadores son considerados como superiores, y no como padres, hermanos y amigos; como consecuencia, son temidos y no amados. Por tanto, si se quiere formar un solo corazón y una sola alma por amor de Jesús, es necesario romper la barrera fatal de la desconfianza, a la que debe sustituir la confianza cordial. Por consiguiente, que la obediencia guíe al alumno como la madre guía a su hijito. Entonces reinarán en el Oratorio la paz y la antigua alegría.

-¿Cómo hacer para romper esa barrera?

-A ti y a tus salesianos les digo: Jesucristo se hizo pequeño con los pequeños y cargó con nuestras miserias. No rompió la caña ya cascada ni apagó la llama humeante. Este es el modelo de ustedes.

-¿Y a los jóvenes?

-Que reconozcan lo que los educadores, los maestros, los asistentes trabajan y estudian por amor a ellos, pues, si no fuera por su bien, no se someterían a tantos sacrificios; que se acuerden de que la humildad es la fuente de toda tranquilidad; que sepan soportar los defectos de los otros, ya que en el mundo no existe la perfección, sino que sólo está en el paraíso; que cesen en sus chismes, pues éstos enfrían los corazones; y, sobre todo, que procuren vivir en la santa gracia de Dios. Quien no está en paz con Dios, no tiene paz consigo mismo, no tiene paz con los demás.

-Por tanto, ¿me dices que, entre mis jóvenes, hay quienes no están en paz con Dios?

-Esta es la primera causa del malhumor, entre las otras que tú conoces, a las cuales debes poner remedio, y que no es necesario que te recuerde ahora. De hecho, sólo desconfía quien tiene secretos que guardar, quien teme que estos secretos lleguen a conocerse, porque sabe que le sobrevendría vergüenza y desgracia. Al mismo tiempo, si el corazón no tiene la paz de Dios, vive angustiado, inquieto, indócil ante la obediencia, se irrita por nada, le parece que todo va mal y, como no tiene amor, juzga que los educadores no le aman.

-Pero, querido mío, ¿no ves cuánta frecuencia de confesiones y comuniones hay en el Oratorio?

-Es verdad que la frecuencia de confesiones es grande, pero lo que falta radicalmente en muchos jovencitos que se confiesan es mantenerse firmes en los propósitos. Se confiesan, pero siempre de las mismas faltas, las mismas ocasiones, los mismos hábitos, las mismas desobediencias, las mismas negligencias en los deberes. Así se va adelante por meses y meses. Son confesiones que valen poco o nada; por ello, no traen la paz, y, si un jovencito fuese llamado en ese estado al tribunal de Dios, sería un problema muy serio.

-¿Y hay muchos de estos en el Oratorio?

-Pocos, en comparación con el gran número de jóvenes que hay en la casa. Míralos.

Y me los señalaba. Miré, y vi a aquellos jóvenes uno a uno. Pero, en estos pocos, vi cosas que amargaron profundamente mi corazón. No quiero ponerlas por escrito, pero,

cuando esté de vuelta, quiero decirlas a cada uno de los interesados. Aquí diré sólo que es tiempo de rezar y de tomar firmes resoluciones; de proponer, pero no con las palabras, sino con los hechos, y de hacer ver que los Comollo, los Domingo Savio y los Besucco y los Saccardi viven aún entre nosotros.

Por último, pregunté a mi amigo: -¿No tienes nada más que decirme?

-Predica a todos, grandes y pequeños, que recuerden siempre que son hijos de María Santísima Auxiliadora. Que Ella misma los ha reunido aquí para que se amasen como hermanos y para que diesen gloria a Dios y a Ella con su buena conducta. Que recuerden que están en vísperas de la fiesta de su Santísima Madre y que, con su ayuda, debe caer esa barrera de desconfianza que el demonio ha sabido levantar entre jóvenes y educadores y de la cual sabe aprovecharse para la ruina de algunas almas.

Mientras hablaba el amigo, yo sentía poco a poco crecer en mí un cansancio que me oprimía. Finalmente, no pudiendo resistir más, me estremecí y me desperté.

Me encontré de pie junto a la cama. Mis piernas estaban tan hinchadas y me producían tanto dolor, que no podía tenerme en pie. Era muy tarde y, por eso, me fui a la cama, resuelto a escribirles estas líneas, queridísimos hijos míos. Desearía contarles también muchas otras cosas importantísimas que vi, pero el tiempo y la conveniencia no me lo permiten.

Concluyo. ¿Saben qué desea de ustedes este pobre viejo, que ha consumido su vida por sus queridos jóvenes? Sólo una cosa: que, guardadas las debidas proporciones, retornen los días felices del antiguo Oratorio. Los días del amor y de la confianza cristiana entre los jóvenes y los educadores; los días del espíritu de bondad y de tolerancia mutua por amor de Jesús; los días de los corazones abiertos con toda sencillez y pureza; los días de la caridad y de la verdadera alegría para todos. Necesito que me consuelen, dándome la esperanza y la promesa de que harán todo lo que deseo para el bien de sus almas. No conocen suficientemente qué suerte supone para ustedes el haber sido amparados en el Oratorio. Les confieso delante de Dios: Basta que un joven entre en una casa salesiana para que la Virgen Santísima lo reciba inmediatamente bajo su especial protección.

Por tanto, pongámonos todos de acuerdo. La caridad de quien manda, la caridad de quien obedece, haga reinar entre nosotros el espíritu de Francisco de Sales. Queridos hijos míos, se acerca el tiempo en que deberé separarme de ustedes y partir para mi eternidad; por tanto, sacerdotes, clérigos, jóvenes queridísimos, anhelo dejaros encaminados por la senda del Señor en la que Él mismo les desea. Con este fin el Santo Padre, al que he visitado el viernes, 9 de mayo, les manda de todo corazón su bendición. El día de la fiesta de María Santísima Auxiliadora me encontraré con ustedes ante la imagen de nuestra amorosísima Madre... La fiesta de María Auxiliadora debe ser el preludio de la fiesta eterna que debemos celebrar todos juntos unidos un día en el paraíso.

Su gran amigo en Jesucristo, Sac. JUAN BOSCO